

EL MENSAJERO

María Emilia Pérez

un
los



Eran tiempos de señores y vasallos. De grandes Imperios, de tiranos poderosos y resignados siervos.

Flaqueaba la fe de los hombres, carente de guía segura, de apoyo y protección.

Deslumbrantes palacios. Paupérrimos caseríos.

Ella era muy joven y bonita. Con esa belleza leve que refleja la diaphanidad de un alma cristalina. Prometida a mozo de su misma condición. Pero hacía mucho ya que ojos del Señor se habían posado sobre ella, que su corazón la había elegido, entre todas las muchachas.

Como todas las de su aldea, su vida transcurría entre simples juegos y labores domésticas. Entre sus dedos hábiles, la lana los vellones se transformaba en hilo sutil. Luego, ella misma convertía ese hilo en telas móbidas y tibias para confeccionar vestiduras. Su sonrisa era más dulce que la miel. El Señor contemplaba complacido a esa criatura plena de gracia.

Los días se deslizaban parejos y tranquilos para la niña, que no imaginaba siquiera los secretos designios del Señor para con ella.

Pero el día llegó. Un emisario del Señor se presentó de improviso ante la joven María.

*Estaba allí, los ojos asombrados
El corazón volando como un pájaro
Las manos como lirios.
El alma llena de palomas blancas.
Sólo un instante fue.
Sólo un instante.*

*Habló la voz de Dios.
Se fue el Arcángel.*

Ya el Redentor latía en sus entrañas.

